

naceca de todas las dolencias, no podia ser mas sencilla. Se reducía á santiguar las heridas despues de practicar la curacion, y á rezar algunas oraciones. La facilidad con que los soldados españoles sanaban, merced á sus robustas naturalezas y á la vida frugal que hacian, fué atribuida á la eficacia de los rezos y al haber sido santiguada la parte dolorida. La fama del ensalmador se extendió por todo el ejército; y hasta los indios aliados acudian en tropel á donde estaba el bienaventurado médico, para que les aplicase la sencilla medicina que, en honor del facultativo, es preciso decir que la daba gratis (1).

Los mejicanos celebraron por espacio de varios dias consecutivos, el triunfo alcanzado sobre los sitiadores. Se iluminaron de noche los templos y las casas con leña de ocote, colocada en las azoteas y atrios superiores, pues desconocian las velas y el aceite para alumbrarse; hubo grandes danzas y músicas, vistosos juegos y comedias, y grandes banquetes dados con los miembros de los españoles y de los aliados hechos prisioneros.

En cada uno de esos dias se dejó escuchar el aterrador sonido del ronco *teponaxtli* ó monstruoso tambor del *teocalli*, anunciando á los españoles el sacrificio de algunos de sus compatriotas, pues habian reservado parte de los prisioneros, para irles ofreciendo por algun tiempo á su dios Huitzilopochtli.

(1) «Curábamos nuestras heridas con aceite, é un soldado que se decia Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba... Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

Todo era alegría y esperanza en la capital del imperio azteca. Los ídolos, por medio de sus ministros, habian ofrecido á los mejicanos, nuevas victorias sobre los hombres blancos, hasta exterminarlos por completo. El plazo que habian puesto para la realizacion de la promesa hecha por sus dioses, no excedía de diez dias. El entusiasmo llegó á rayar en frenesí al escuchar la lisonjera promesa del triunfo. El emperador Guatemotzin, lleno de fe en la infalibilidad del supremo sacerdote, á quien el númen de la guerra habia revelado la completa victoria sobre los enemigos del imperio, envió por las ciudades y provincias que se habian separado de su obediencia, las cabezas de varios españoles, dándoles parte del espléndido triunfo alcanzado, haciéndoles saber lo ofrecido por los dioses, y amonestándoles á que abandonasen la alianza de los hombres blancos, si no querian tener el mismo fin sangriento que les estaba reservado.

Al mismo tiempo que los emisarios del jóven monarca azteca recorrian las poblaciones, mostrando los descuartizados miembros de los cristianos sacrificados, los escuadrones aztecas asaltaban noche y dia los campamentos de los sitiadores y amenazaban á los ejércitos auxiliares con el castigo que les reservaban los dioses á quienes ofendian. «Comed,» les decian arrojándoles brazos y piernas asadas de sus compatriotas y de los españoles, «saciad vuestra hambre, con la carne de vuestros hermanos y con la de los hombres blancos, que pronto la vuestra la comeremos en los banquetes con que celebramos la victoria (1).» No era mas lisonjero el porvenir que anunciaban á

(1) «Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los tlas-

los castellanos, fijando como plazo seguro para el exterminio de todos, el término de diez días, que era el tiempo señalado por sus ofendidos dioses. Los españoles escuchaban la prediccion comunicada al pueblo mejicano por los ministros de Huitzilopochtli, burlándose de ella; pero no pasaba lo mismo con los aliados. Existian entre las diversas provincias y señoríos del Anáhuac, las mismas creencias religiosas; todas participaban de las mismas preocupaciones; adoraban unos mismos dioses; tenian iguales sacrificios, y no dudaron que la promesa del númen de la guerra se realizaria, cayendo sobre ellos la venganza y el castigo del cielo, por haberse apartado de la religion de sus mayores. Profesaban implacable odio á los mejicanos, como dominadores de los demás pueblos; pero les veian fuertes y poderosos, combatiendo con heroico esfuerzo contra todo el poder de las provincias coligadas, y atribuyeron el triunfo alcanzado, á proteccion visible de los dioses. Nada podian hacer los españoles, por valientes que fuesen, contra la voluntad del poderoso Huitzilopochtli. Los juzgaron impotentes contra la que ellos juzgaban invencible divinidad; trajeron á la memoria las palabras del joven Jicotencatl, anunciando que «Méjico seria la tumba de los hombres blancos y de sus aliados,» y juzgando por la triste situacion que los castellanos guardaban, que se aproximaba su ruina, trataron de alejarse del

caltecas eran tan lastimosas y malas, que les hacian desmayar, y les echaban piernas de indios asados y brazos de nuestros soldados y les decian: Comed de las carnes de esos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellas, y deso que nos sobra bien os podeis hartar.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

sitio del peligro, antes de que descargase la tempestad. Dominados por el terror de sus preocupaciones religiosas, empezaron á abandonar sus cuarteles durante la oscuridad de la noche; y al tercer dia, los numerosos ejércitos que sedientos de venganza habian acudido á sitiar á la capital de la nacion dominadora, habian desaparecido, dirigiéndose los numerosos escuadrones á las diversas provincias á que pertenecian. Los choluleses, los huexotzincos, los chalqueños, los texcocanos, tepeaqueños y aun los leales tlaxcaltecas, desertaron de las banderas de Hernan Cortés, procurando llegar á sus hogares antes de que brillase la luz del décimo dia, señalado por los dioses para el terminio de los hombres blancos y de los aliados que permaneciesen con ellos.

Solamente se quedaron firmes en el sitio del peligro, haciéndose superiores á las preocupaciones de sus compatriotas y prefiriendo la muerte á la falta de fe jurada á los amigos, algunos distinguidos jefes, cuyo valor y esfuerzo habian llamado varias veces la atencion de los españoles. En el campamento de Hernan Cortés permaneció el jóven general texcocano, D. Carlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco. Era, dice Bernal Diaz, «hombre muy esforzado,» y con él quedaron varios parientes y amigos suyos, con una corta fuerza. Tambien permanecieron, en el mismo campamento, los jefes otomites, con los pocos escuadrones que tenian. En el real de Pedro de Alvarado, quedaron el valiente jefe tlaxcalteca Chichimecatl, que se habia distinguido en todos los combates, y dos hermanos del joven Jicotencatl, con algunos escuadrones formados de sus vasallos. En el campamento de Gonzalo de Sando-

val permaneció, con muy pocos guerreros, uno de los señores de Huexotzinco.

La desercion del numeroso ejército aliado, llenó de sobresalto á los soldados españoles. Habian contado con él para rendir la capital azteca, llena de valerosos escuadrones, y se encontraron de repente solos, heridos y sin el apoyo que les habian lisonjeado. La situacion era verdaderamente alarmante y triste. Hernan Cortés, haciéndose superior á los contratiempos, á los embates de la fortuna, no perdió su sangre fria y su serenidad en aquel momento de prueba. Cualquiera otro hombre, al mirarse abandonado por las fuerzas en que habia confiado para lograr su empresa, hubiera desistido de sus proyectos, procurando alejarse del inminente peligro á que quedaba expuesto. Pero el caudillo español, dotado de un ánimo extraordinario y de una constancia heroica, se presentaba entre sus soldados con el semblante risueño, alentándoles con su palabra, y asegurándoles que la tempestad que amenazaba, pasaria sin llegar á caer sobre los defensores de la cruz. Comprendiendo que al quedar sin realizarse, al plazo prometido, las predicciones de los sacerdotes, los que se alejaban temerosos, volverian al campamento, avergonzados de su credulidad, envió unos mensajeros á los jefes de las tropas que se alejaban, suplicándoles que suspendiesen su marcha desde el sitio en que se hallaban. Les decia que respetaba la determinacion que habian tomado; pero que les pedia únicamente que aguardasen allí hasta el plazo señalado por los ministros de las falsas divinidades, que estaba ya muy cerca. Si la prediccion se cumpliera, irian á sus provincias sin haber sido contrarios á sus dioses ni

desleales á sus amigos: si no se realizaba, como no podia realizarse, entonces, patentizada la falsedad de la profecía, podrian volver á unirse con los que, solos ó acompañados, habian resuelto no levantar el sitio, hasta no haber visto vencido, con la capital, el poder de los dominadores del Anáhuac.

En las angustiosas circunstancias en que se hallaban los españoles; á los dos dias del funesto descalabro sufrido; cuando veian alejarse á los aliados y tenian sobre sí todo el poder de los victoriosos aztecas, se presentaron nuevos cuidados que vinieron á hacer mas comprometida su difícil situacion (1). Cuatro mensajeros, enviados por los habitantes de Quauhuahuac (Cuernavaca) ciudad situada á diez y ocho leguas de la capital de Méjico, llegaron á la presencia de Hernan Cortés, solicitando su favor contra sus vecinos de Malinalco, que les destruian sus sementeras y hacian desoladoras incursiones en la provincia por haber reconocido al soberano de Castilla. Agregaron, que no contentos con los daños que les habian causado, trataban de confederarse con los cohuizquez, nacion muy numerosa, para destruir la ciudad y marchar en seguida en auxilio de los mejicanos, cruzando las montañas.

No podia haber sido hecha la petición en momentos mas aciagos. Los españoles se encontraban, como dice Hernán Cortés, «mas para recibir auxilio que para darlo (2).» Los

(1) «Dende á dos dias del desbarato, que ya se sabia por toda la comarca, los naturales de una poblacion que se dice Cuernavaca... vinieron al real y dijéronme cómo los de la poblacion de Malinalco, que eran sus vecinos, les hacian mucho daño.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y teníamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro.»—Idem.

capitanes, juzgando que no debía atenderse á la solicitud, le aconsejaron que se disculpase, manifestando que le era imposible alejar ninguna fuerza del campamento; pero el caudillo castellano pensaba de manera opuesta. Desatender á los que llegaban pidiéndole favor contra los que les destruían por haberse declarado adictos á Castilla, hubiera sido faltar á la promesa que les habia hecho; mostrarse impotente. Aunque conocia el peligro que habia en disminuir la corta fuerza que tenia, creyó que era preferible desafiar á la fortuna, que manifestarse débil á los ojos de sus amigos y de sus contrarios. Enviando el auxilio que con instancia le pedian, alentaba á los aliados, y demostraba á los aztecas la seguridad que tenia en el triunfo, desprendiéndose de una parte de su fuerza cuando ellos le juzgaban temeroso y abatido. Con esta conviccion, mandó al capitan Andrés de Tapia, que saliese inmediatamente hácia Cuernavaca con los mensajeros y una fuerza de ochenta infantes y diez jinetes (1). Despues de encargarle que no emplease mas de diez dias desde su salida hasta su vuelta al campamento, salió el valiente capitan con su gente, que no era la que menos herida habia salido de los combates recientes.

Hernan Cortés quedó cuidadoso del éxito de la expedi-

(1) «Despaché con aquellos que pedian socorro, ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia.» (Tercera carta de Cortés). El señor Clavijero dice que se componia la fuerza de «doscientos infantes españoles, diez caballos y un buen número de aliados.» Pero sin duda el apreciable historiador mencionado ha sufrido una equivocacion, así en el número de españoles, puesto que Cortés dice que eran noventa por todo, como en el de darle aliados, cuando casi todos se habian alejado de los campamentos.

cion y triste de encontrarse obligado á permanecer á la defensiva. Notando el esforzado general texcocano, Cárlos Ixtlilxochitl, la pena que le oprimia, le dijo: «No esteis triste, Malinche, por haber suspendido los asaltos sobre la ciudad. Basta para que sucumba, el que impidais con vuestros bergantines, que reciban víveres, pues por tierra nada puede llegarles. El número de guerreros que hay dentro es muy crecido y pronto agotarán los comestibles. Por lo que hace al agua, no la pueden beber mas que salobre, de algunos pozos que han abierto. No hay necesidad, por lo mismo, de combates para ganar la capital. Basta el hambre para que la rindais, y así lograreis apoderaros de ella sin arruinar los edificios que manifestais interés en que no se destruyan (1).»

El general español le abrazó al escuchar su consejo, no porque á él no le hubiese ocurrido antes la idea, sino porque veia en las palabras del hermano del monarca texcocano, la constancia y la fidelidad.

Mientras Andrés de Tapia marchaba en auxilio de los habitantes de Cuernavaca, y los aliados que se habian alejado esperaban el resultado del vaticinio, el reducido ejército español, sufría penalidades que solo hombres de una complexion de acero, como parecian los soldados de Cor-

(1) «D. Cárlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: Sr. Malinche, no recibas penas por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquillach (Tepeyacac), y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua. ¿Qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que tendrán con la hambre y sed.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tés, podía soportar. Pocos en número y casi todos cubiertos de heridas, se veían precisados á redoblar sus fatigas, sosteniendo continuos combates en los tres amenazados campamentos. Escasos víveres y en la penosa estacion de las lluvias, en que los caminos se convertían en verdaderos pantanos, se encontraban en la necesidad de salir á buscar provisiones, dejando debilitado el campamento sobre el cual se lanzaban furiosos los sitiados, orgullosos con el triunfo alcanzado, y alentados por la promesa de sus deidades. A las batallas del día, seguía la fatigosa vigilancia de la noche, sonando al principio de todas ellas, en la cúspide plana del piramidal *teocalli* de Tlatelolco, el ronco tambor ó *teponaxtli*, que anunciaba alguna sangrienta ceremonia. Los españoles se estremecían de horror al escuchar el espantoso sonido. Sabían que indicaba la muerte de alguno de los sesenta y dos compañeros hechos prisioneros en el desgraciado asalto que, como he dicho, habían dispuesto irlos sacrificando durante la semana destinada á las fiestas por la victoria alcanzada. Conmovidos y arrasados por ese impulso natural que nos obliga á dirigir la vista hácia lo mismo que nos aterra, fijaban sus ojos en el punto de donde salía el horrible tañido. Una gran hoguera, encendida sobre uno de los altares del átrio superior, iluminaba el lugar de la fatal escena, y á la roja luz que derramaba, veían tender sobre la piedra de los sacrificios á sus desventurados compatriotas, que morían heridos por el agudo cuchillo de pedernal con que el sacerdote sacrificador les abría el pecho, arrancándoles el corazón que palpitante lo presentaba al númen de la guerra. La última víctima con que se cerró la lista de los desgraciados que

perecieron en aquella funesta hecatombe, fué Cristóbal de Guzman, el fiel mayordomo de Cortés, que cayó en poder de los aztecas, al llevar al general un caballo para que montara. Diez y ocho días permaneció preso en la jaula de madera en que colocaban á los prisioneros que destinaban al sacrificio, escuchando la lúgubre señal que le indicaba la muerte de sus compañeros, y esperando el instante en que sería conducido á la funesta piedra (1).

Los mejicanos que defendían los puntos próximos á los cuarteles españoles, hacían resonar el aire con espantosos y prolongados gritos de guerra, después de las sangrientas ceremonias. Confiando en las promesas de sus oráculos, amenazaban á los castellanos diciéndoles que se preparasen para servir de presente al poderoso Huitzilopochtli, dirigiéndoles al mismo tiempo los insultos que juzgaban mas ofensivos. «Nada hay bueno en vosotros,» les decían, «y aun vuestra carne es mala para comerla, pues amarga como la hiel, y la garganta resiste el pasarla (2).»

Nada, sin embargo, hacia desmayar el ánimo esforzado

(1) «Digamos ahora lo que los mejicanos hacían de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañían su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos, y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas y tenían grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho días segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

(2) «Mira cuan malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargas.» (Bernal Diaz del Castillo.) El bravo veterano, con la fé cristiana que